

La teología del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán

Henri Guerreiro



La teología del
San Antonio de Padua
de Mateo Alemán

Anejos de «Criticón»

*Paradigmas teatrales en la Europa moderna: circulación e influencias
(Italia, España, Francia, siglos XVI-XVIII)*
Christophe Couderc, Marcella Trambaioli (eds.)

Augustin en Espagne, XVI^e-XVIII^e siècle
Marina Mestre Zaragoza, Jesús Pérez Magallón, Philippe Rabaté (dir.)

Pictavia Aurea.
Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional "Siglo de Oro"
(Poitiers, 11-15 de julio de 2011)
Alain Bègue y Emma Herrán Alonso (eds.)

Comprendre Góngora.
Anthologie bilingue présentée et traduite par Robert Jammes
Robert Jammes

El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse
Odette Gorsse y Frédéric Serralta (eds.)

El desafío del Persiles
Suivi d'une étude onomastique de Dominique Reyre
Jean-Marc Pelorson

Don Juan Tenorio "El refugio"
Juan Mateu
Edición, introducción y notas de Frédéric Serralta

Dramaturgía y reescritura en el teatro de Diego Sánchez de Badajoz
Françoise Cazal

Pouvoir royal et absolutisme dans l'Espagne du XVI^e siècle
Alain Milhou

Segismundo et Serafina
Marc Vitse

Trece por docena
Valentín de Céspedes S. J.
Francis Cerdan y José Enrique Laplana-Gil (eds.)

Garcilaso et la mélancolie
Christine Orobitg

El entremés. Radiografía de un género
María José Martínez López

La loi du duel. Le code du point d'honneur dans l'Espagne des XVI^e-XVII^e siècles
Claude Chauchadis

Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII (1708-1808)
René Andioc y Mireille Coulon

La teología del
San Antonio de Padua
de Mateo Alemán

Henri Guerreiro

Obra revisada y corregida por Marc Vitse

Presses universitaires du Midi
Editorial Universidad de Sevilla

Directoras de la colección *Anejos de «Críticón»*

Odette Gorsse y Florence Raynié-Eustache

Comité editorial de la Editorial Universidad de Sevilla

José Beltrán Fortes (Director de la Editorial Universidad de Sevilla)

Araceli López Serena (Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

Ana Ilundáin Larrañeta

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque Sánchez

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

La presente obra es fruto de una coedición entre las Presses universitaires du Midi (colección *Anejos de «Críticón»*) de la Universidad de Toulouse - Jean Jaurès, y la Editorial Universidad de Sevilla (colección *Historia y Geografía*, nº 343).



Calidad en
Edición
Académica

Academic
Publishing
Quality

Avalado por



Promovido por



Illustration de couverture : le Guerchin, *Saint Antoine de Padoue avec l'enfant Jésus*, 1656.

Collection privée.

Mise en page : G.N. Impressions

ISBN Espagne : 978-84-472-2123-3

ISBN France : 978-2-8107-0606-8

ISSN : 1258-3421

© Presses universitaires du Midi, 2019

Université Toulouse – Jean Jaurès

5, allées Antonio-Machado

31058 Toulouse Cedex 9

Web : <http://pum.univ-tlse2.fr/>

© Editorial Universidad de Sevilla, 2019

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451;

Fax: 954 487 443

Correo electrónico: eus4@us.es

Web: <http://www.editorial.us.es>

Tous droits de reproduction, de traduction et d'adaptation réservés pour tous pays. Toute représentation ou reproduction intégrale ou partielle faite par quelque procédé que ce soit, sans le consentement de l'auteur ou de ses ayants cause, est illicite et constitue une contrefaçon (art. 335-2 et suivants du Code de la propriété intellectuelle). Les copies ou reproductions destinées à une utilisation collective sont interdites.

Advertencia

En 1992, Henri Guerreiro leía una imponente tesis de Estado dirigida por Robert Jammes y dedicada a la obra picaresca y hagiográfica de Mateo Alemán. Entre sus siete volúmenes, se encontraba la primera edición moderna crítica y anotada del *San Antonio de Padua* (vols. II, III y IV) así como la primera parte de un estudio titulado *La originalidad del «San Antonio de Padua» de Mateo Alemán. Hagiografía y picaresca. De lo teológico a lo social. I. La teología*.

Desgraciadamente, una larga y dolorosa enfermedad le impidió a Henri, desaparecido en mayo de 2002, la adaptación de sus trabajos universitarios para una deseable publicación en editoriales al uso. En 2014, por fin, pude yo mismo preparar, a partir de su manuscrito, la edición de la hagiografía alemaniana (Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 739 páginas). Y hoy, tengo la satisfacción de ofrecer a la comunidad científica la versión actualizada del manuscrito de *La teología del «San Antonio de Padua» de Mateo Alemán*, esa primera parte de un análisis de conjunto que Henri nunca pudo llevar hasta su término, aunque lo esbozó y dio avances del mismo en varios artículos fundamentales¹.

Por supuesto, no cambié nada del fondo ni del detalle de la demostración del malogrado alemanista de Toulouse, ni modifiqué un ápice su manera tan personal de escribir. Solo traté de aligerar unas notas de excesiva erudición, de simplificar el sistema de referencias, de facilitar el acceso a fuentes y bibliografía con remisiones sistemáticas a modernas ediciones electrónicas, de hacer más asequible a un público hispanófono —traduciéndolas todas— las citas originariamente escritas en francés, de uniformar la grafía en relación con las normas adoptadas para la edición de *La obra completa* de Mateo Alemán de 2014, etc.

Espero que, bajo esta forma, este estudio —que a mis ojos no perdió nada de su interés científico, en particular por la nueva luz que, desde sus conclusiones, recibe el desenlace del *Guzmán de Alfarache*— encontrará la favorable acogida que merece entre los curiosos lectores de un Mateo Alemán demasiado frecuentemente relegado en la sombra del coruscante autor del *Quijote*.

En Cugnaux, a 10 de julio de 2016
Marc Vitse

¹ Ver Guerreiro, 1980a, 1981, 1984a, 1984c, 1994a, 1994b, 1999 y 2001.

Abreviaturas

- Autoridades*: *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1979, 3 vols.
- Ayala, Trento: LÓPEZ DE AYALA, Ignacio, *El sacrosanto y ecuménico concilio de Trento*. Madrid, Imprenta Real, 1785.
- Calvino, *Institución*: CALVINO, Juan, *Institución de la religión cristiana*, ed. electrónica; las referencias se darán por LIBRO (I), CAPÍTULO (i) y § (1).
- DTC: VACANT, Alfred, y Joseph-Eugène MANGENOT, *Dictionnaire de théologie catholique*, Paris, Letouzey et Ané, 1899-1972, 33 vols.
- Guzmán: ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 1987, 2 vols.
- Héfélé: HÉFÉLÉ, Charles-Joseph, *Histoire des Conciles...*, tomo X/1, Paris, Letouzey et Ané, 1938 (las referencias a otros tomos de la misma obra se precisarán en su lugar).
- Lisboa, *Crónicas*: LISBOA, fray Marcos de, *Crónicas da Ordem dos Frades Menores*; por diseminadas en las tres Partes de la obra, las referencias se darán por PARTE (I), LIBRO (v), capítulo (1) y folio.
- Rebolledo, *Crónica*: REBOLLEDO, fray Luis de, *Primera parte de la Crónica General de N. Seráfico P. S. Francisco, y su Apostólica Orden*; por relativas todas al «Libro cuarto», las referencias se darán solo por CAPÍTULO (XXXVI) y folio.
- San Antonio*: ALEMÁN, Mateo, *San Antonio de Padua*, en *La obra completa*, vol. 2.

*

Todas las referencias al *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán se harán por la edición de la obra por Henri Guerreiro y Marc Vitse, vol. 2 de *La obra completa* publicada en 2014. El título de la hagiografía se dará, repetido cada vez que parezca necesario, bajo la forma abreviada de *San Antonio*.

Salvo indicación contraria expresada, todas las traducciones al castellano de obras escritas originariamente en francés son nuestras.

Proemio

En nuestro artículo «La tradición hagiográfica antoniana de los Libros I y II del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán. Aproximación a su estructura y sus fuentes»¹, tras desenredar la rica y compleja maraña de las múltiples *Crónicas* y demás obras religiosas —de raigambre culta o popular— en que se vienen plasmando, desde el siglo XIII hasta principios del Seiscientos, la *Vida y milagros* de un santo de tan discantada como universal fama, se nos hizo patente, mediante la fijación exacta de las fuentes áureas utilizadas por Mateo Alemán en la elaboración de su propia obra hagiográfica, que esta, aunque inserta en un marco tradicional (por lo visto) ineludible, superaba a aquellas magistralmente. Esta convicción (ya intuida en investigaciones anteriores)² de la radical superioridad —tanto literaria como temática— del *San Antonio de Padua* del escritor hispalense radicaba sencillamente en la gran distancia que media entre el original y sus fuentes. En suma, entre todos los ecos, sempiterna y monótonamente repetidos, cundía la voz del autor sevillano, inconfundible. Porque, de prestarle un oído atento (lo cual hasta la fecha no se hizo verdaderamente), la que resonaba, si bien en tono menor las más veces, era, al fin y al cabo, la que en el *Guzmán de Alfarache* se explayaba y oía.

Claro que no se nos oculta que el *San Antonio* dista mucho del refinado estilo del *Guzmán de Alfarache*, y que tampoco podemos emparejarlo, en cuanto a las ideas, con el alcance histórico, socioeconómico, ideológico, universal en suma, de la obra maestra de la picaresca española. Pero su tono menor y relativa minusvalía artística en nada justifican que se haya postergado tanto, como para sumirla en tan estéril olvido. Siquiera por respeto a su mismo autor, quien no vaciló en aplazar la publicación de su *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, por escribir la de san Antonio de Padua³ —«trabajo [...] para [él] glorioso», según pondera en su «Dedicatoria» (*San Antonio*, p. 101). Por otra parte, más allá de ese debido acatamiento (siempre censurable, desde luego, si raya en veneración y ciega crítica), debió de llamarles la atención a los críticos de la obra alemaniana el hecho de que la originalidad del *San Antonio de Padua* la sugiriese el mismísimo Mateo Alemán en sus advertencias al «Lector». Pues en ellas declara que, pese a conocer perfectamente las

¹ Guerreiro b, 1985b.

² Guerreiro, 1980, 1984b y 1985a.

³ Publicada en septiembre de 1604, esta *Segunda Parte...* es nueve meses posterior al *San Antonio de Padua*: las aprobaciones de dicha obra son del 24 de noviembre y 7 de diciembre de 1603.

normas irrefragables del estilo histórico (de cuyo género es partícipe, según él, su obra hagiográfica), no por eso se ceñirá a él servilmente. Si bien, en efecto, ha de acatar escrupulosamente la verdad histórica, también es cierto que la misma índole del relato hagiográfico, cuya ejemplaridad resulta fundamental para la vida de los hombres, le induce a tener «por permitido a un claro y fiel espejo cristalino de roca, donde nos habemos de mirar, ponerle algunos adornos con que se guarnezca; y a semejantes lecturas irlas parafraseando con moralidades y alegorías de donde se saque fruto» (p. 122).

Esta aseveración, de por sí ya lo bastante autorizada como para que se le tribute todo crédito, es corroborada, además, por los juicios que emitieron algunos lectores coetáneos sobre la obra hagiográfica alemaniana. En su «Elogio» a la *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache*, Luis de Valdés no vacila en tenerla por una «joya», encareciendo que lo más estimable en ella es «todo el tercero libro». En este sería donde Mateo Alemán «más mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias, moralizadas y escritas con su elegancia»⁴. El alférez —y amigo del autor hispalense— no hace sino seguir los pasos de cuantos poetas, en los Preliminares, alabaron en lengua castellana o portuguesa, ya no al autor profano de la mal nombrada *Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*⁵, sino al «historiador sagrado». En sus sonetos, encomian todos a cual más el insigne ingenio del autor, calificándole ora de «peregrino ingenio», ora de «engenho raro»⁶. Pero, entre este coro de voces acordes, quien más descuella es su amigo, el gran poeta y dramaturgo Lope de Vega: en una hermosa «Canción» celebra tanto «la excelencia de los conceptos» de aquel «nuevo Mateo coronista», que los considera «dignos de los espíritus más claros». Al lado de los poetas, merece mención especial el largo «Elogio» escrito «en alabanza de Mateo Alemán» por su amigo el contador Juan López del Valle, secretario del Marqués de Priego. En él constan unas aclaraciones de sumo interés, que versan sobre la naturaleza, contenido y finalidad del relato alemaniano. Igual que Mateo Alemán, el contador reconoce que la índole del género cultivado ahora por el autor picaresco —o sea «la historia»— le impone un marco estrecho que no puede eludir. Dicho de otro modo, el hagiógrafo hispalense tiene que ceñirse a un «estilo [...] estrecho y limitado por el orden de las cosas». Sin embargo, dado esto por sentado, en seguida López del Valle pone el énfasis sobre la peculiaridad de «esta historia» alemaniana de san Antonio. Lo que sobresale en ella, y él encarece, es su riqueza temática, así provechosa como deleitable:

⁴ *Guzmán*, II, «Elogio», pp. 27-28.

⁵ Las ediciones de Barcelona, Sebastián de Cormellas, A costa de Angelo Tabano, 1599, y de Zaragoza, Iuan Pérez de Valdivielso, 1599, llevan ya este título: *Primera Parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. De ahí las conocidas protestas del propio Mateo Alemán en su *Segunda Parte de la Vida de Guzmán de Alfarache*: «Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto más arraiga y se fortalece [...]. Esto proprio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro* y no se conoce ya por otro nombre» (*Guzmán*, II, I, 6, p. 115).

⁶ *San Antonio*, Preliminares: «Canción» de Lope de Vega; «Soneto» anónimo, escrito en portugués.

Quien la mirare con buenos ojos [la verá] escrita con mucha piedad y religión, y no con menor ingenio, variedad de erudición y doctrina en letras divinas y humanas. Hallará en ella materia de glorificar a Dios en sus santos, diversos medios para ejercitarse y aficionarse a la virtud, ejemplos que animen a eso, documentos espirituales que instruyan, discursos morales de graves e ingeniosos conceptos, confirmados con la autoridad de los santos, y otros especulativos que como pasto noble del entendimiento igualmente provechoso y gustoso, entretengan y recreen [...] (*San Antonio*, p. 107).

De modo que, si nos atenemos a estos testimonios fidedignos, es el *San Antonio de Padua* una obra histórica, un «libro doctísimo» (en opinión de Ana de la Puente)⁷ de original y proteico contenido. De hecho, cabe afirmar ya sin ambages, en este *Proemio*, que dicha hagiografía alemaniana, escrita con estilo elegante, plasmado de erudición, rebasa con mucho la mera y fastidiosa (por iterativa y ramplona) *Crónica* de la vida supuestamente portentosa de un santo. Tampoco extraña que así sea, pues el *San Antonio de Padua* pertenece, al fin y al cabo, a un autor cuya fama literaria ya había cundido tanto por Europa, que por aquellas fechas no vacilaban en denominarle «el español divino»⁸.

En cuanto a la naturaleza de esta superioridad u originalidad, los mismos dictámenes que acabamos de reseñar la aclaran perfectamente; y basta ahondar algo en ellos para sacar en limpio lo esencial. En efecto, todos los testimonios aducidos concuerdan en que en el *San Antonio de Padua* se enlazan dos corrientes culturales y, en consecuencia, dos temáticas: una, de raigambre más bien profana (plasmada en «moralidades, discursos especulativos»), dedicada *lato sensu* a la ética, la política y la económica; otra, de índole sagrada (rica de «documentos espirituales»), más bien vertida hacia la especulación teológica y espiritual. Aunque diferentes, ambos enfoques no solo distan mucho de ser antagónicos, sino que a menudo se entrelazan tanto que resulta harto difícil deslindar la frontera que los separa. Es que en esa trabada dialéctica radica toda la coherencia de la obra y su hondo alcance ideológico.

Por eso mismo, y para aclararlos mejor, desharemos de momento esta lógica interna, dedicando una primera parte⁹ de nuestro estudio a un largo análisis exhaustivo del solo contenido teológico del *San Antonio de Padua*¹⁰. Enfoque este tanto más necesario,

⁷ Véase su «Soneto» en los Preliminares, p. 119.

⁸ *Guzmán*, II, p. 25.

⁹ Una *primera parte* que debía completar una *segunda parte* consagrada al examen de la materia moral y socioeconómica de la obra hagiográfica y de la obra picaresca de Mateo Alemán, pero que Henri Guerreiro, por su enfermedad y prematura muerte, no llegó nunca a rematar. (Nota de Marc Vitse.)

¹⁰ Para que el lector no esté desprevenido, precisemos que a lo largo de nuestro estudio damos al santo cuatro denominaciones diferentes:

a) *Hernando de Bullones*: apellido del padre y nombre que se dio al niño cuando recibió las aguas bautismales. Se abarcan los episodios desde su nacimiento hasta su ingreso en la Orden franciscana (Libro I, caps. I-XI, pp. 159-242).

b) *Antonio de Bullones*: nombre adoptado por él (en aras de «san Antonio Abad») cuando reviste el sayal franciscano. Se analizan los acontecimientos y milagros protagonizados por él hasta su muerte (I, XII, p. 243-II, xxxi, p. 472).

c) *Antonio de Padua*: sobrenombre que la posteridad le ha conferido por haber fallecido en dicha ciudad. Se relatan y comentan los milagros llevados a cabo *post mortem* (II, xxxi, p. 472-III, XIII, p. 646).

cuanto que en no pocas ocasiones se ha clamado (y no siempre en el desierto) el criptojudasmo de su autor, y en otras evocado un agustinismo rayano en solapado calvinismo. De ahí que nuestro empeño sea asimismo —desde la perspectiva de una obra raras veces tomada en serio, y menos aún estudiada— integrar progresivamente en nuestra aproximación crítica la materia novelesca del *Guzmán de Alfarache* y, trabándola de modo cada vez más entrañable con la hagiográfica, valorar cabalmente y en todas sus facetas la significación y alcance de la visión teológica y filosófica del mundo de Mateo Alemán. Un tema que desarrollaremos preguntándonos en qué medida la teología y la espiritualidad inherentes a ambos libros resultan solidarias de la problemática que para el escritor hispalense creemos fundamental; es a saber (según puntualiza el alférez Luis de Valdés)¹¹: su concepción ética, económica y política de la sociedad áurea de principios del Seiscientos y, por ende, su visión del hombre español (su coetáneo) que la informa.

d) *San Antonio de Padua*: cuando (en conformidad con el tema tratado) se nos antoje necesario adoptar el punto de vista de la «santa madre Iglesia de Roma».

¹¹ «Si todo lo dicho es verdad; si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino, que puede servir a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento y, en general, es una escuela de fina política, ética y euconómica, gustosa y clara, para que como tal apetecida la busquen y lean, ¿qué le doy? ¿qué hago en esto más de pagarle lo que tan justamente se le debe?» (*Guzmán II*, «Elogio», p. 28).

I. El pasado: un ambiente de cruzada y evangelización cristiana

«SAN ANTONIO DE PADUA»: UN LIBRO RELIGIOSO

Una primera cala en los Preliminares del *San Antonio de Padua* confirma la necesidad y pertinencia de esta primera aproximación crítica, así como su especificidad. En efecto, si atendemos a los rasgos de la obra que más llamaron la atención a sus primeros lectores, percibimos que fueron su tonalidad religiosa y contenido espiritual. Así lo revela el «Elogio» de López del Valle, para quien «[la] historia [está] de celestial doctrina llena [y] escrita con mucha piedad y religión» (p. 107)¹. No menos explícitas resultan las alabanzas de Don Rodrigo de Ayala y Castro, así como las de Ana de la Puente, en sus respectivos sonetos: aquel destaca que Mateo Alemán, por el sujeto elegido, «tomó la mano / [...] en referir santísimas historias» (p. 117); para esta, «Este libro doctísimo es un arte / de Antonio / donde a amar a Dios se aprende» (p. 119). Por fin, Lope de Vega confirma estos juicios pues considera tan excelso el arte a lo divino del autor del *Guzmán de Alfarache*, que no duda en que, fascinadas por su pintura del cielo del «cazador, Antonio santo / [...] / acudirán mil almas al señuelo» (p. 113). Esta obra, hablando ya sin rodeos ni alegorías cinegéticas, se dirige ante todo, según estos críticos, al «cristiano [y] pío lector»: desde luego por la índole misma del relato, pues tanto Mateo Alemán como sus apologistas comparten la opinión común según la cual «las vidas de los varones justos» son «unos clarísimos espejos en donde nos miremos»²; o acaso, y más peculiarmente, por lo que opina el franciscano Fray Gregorio Ruiz en su «Aprobación» acerca de la «vida de nuestro Padre San Antonio»: «Paréceme obra católica y que en nada contradice a nuestra sagrada Escritura ni a Concilio» (p. 97). Al rebasar, según parece, las fórmulas meramente estereotipadas que en ese tipo de

¹ Ver también su «Soneto» (p. 120). Asimismo encomiará Lope de Vega, en una estancia de su «Canción», la «fe [y] religión» del autor del *San Antonio de Padua* (p. 113).

² *San Antonio*, Juan López del Valle, «Elogio» (p. 108). En cuanto a Mateo Alemán, véanse sus advertencias al «Lector» («Como sean las vidas de santos ejemplo a las nuestras [...]», p. 122), y una confirmación de este punto de vista en su *Ortografía Castellana*, «impresa en Méjico en 1609»: «Ya pues cuando lo escrito es de las Divinas Letras, que son la verdadera música celestial, o si es vida de algún santo, ¡a qué dolor nos provoca su penitencia o martirio!, ¡cómo se arrebató el alma!, ¡qué dolor le causa la ofensa de Dios disponiéndose a la enmienda!, ¡qué discursos hace y qué trocada sale!» (p. 329).

«preliminares» suelen usarse, para enmarcar el *San Antonio de Padua* dentro del Catolicismo y encarecer cuánto se acatan en él las doctrinas conciliares, ¿cómo no pensar en el Concilio de Trento, en su alcance dogmático e ideológico para la España áurea y, más generalmente, para toda la Cristiandad? ¿Cómo no ver que es en la ortodoxia de la obra donde reside el mayor énfasis del censor?³

*DEL SANTO AL HOMBRE:
¿DEL MITO A LA DEFENSA DE LA IGLESIA MEDIEVAL?*

Confirma este punto de vista la percepción que los primeros lectores tienen, ya no del libro en sí, sino del protagonista. Dadas la identidad y fama de este santo, no sorprende que se haya insistido unánimemente en la ejemplaridad de su vida. Suele subrayarse que al lado de la «virtud» y «la humildad, que es la virtud que sale / más en los santos»⁴, la prenda que más resplandece en él, y más debe imitarse, es, desde luego, su «gran santidad»⁵. Todo esto no hace sino reflejar —sin gran originalidad, a decir verdad— la opinión del propio autor, quien ensalza también «la vida santísima en perfección de quilates» del taumaturgo, a quien compara hiperbólicamente con «un grano de oro finísimo, entre los hombres ángel». Más llamativo —y afín al rasgo ideológico arriba señalado— viene a ser, con todo, el que Mateo Alemán dé a entender que en la vida de este santo se concretaron los designios divinos: la Divinidad se dignó hacer de él, en efecto, una «tan grande y fuerte columna de su Iglesia» (Dedicatoria, p. 101). ¿No será, pues, aquella figura —entre real y mítica— del teatro eclesiástico de la Edad Media el defensor de los dogmas, creencias y valores de la Iglesia medieval, un paladín de la Cristiandad en suma? Más allá de los perifollos y portentos de la leyenda antoniana, éste es el papel —digámoslo claramente— en el que tenemos que ahondar, para valorar su exacto significado dentro de ese *San Antonio de Padua* de cuño alemaniano, cuyo contenido y estilo tanto desdichan de la monotonía e insipidez de toda una retahíla de obras dedicadas al taumaturgo, en España y Portugal, a lo largo de los siglos XVI y XVII. Para ello, teniendo en cuenta todo el trasfondo histórico y sus variadas estratificaciones temporales, procuraremos desentrañar —mediante las múltiples y complementarias modulaciones en que se plasma este papel en nuestra hagiografía— cómo Mateo Alemán, situando a su protagonista y su actuación en el pasado y trasponiéndolos a la España áurea, logra vivificarlos, confiriéndoles

³ Recuérdese, por otra parte, que los decretos del Concilio tridentino fueron adoptados por Felipe II como leyes del Reino: «Exactísimo cumplidor y ejecutor del Concilio de Trento, Felipe II expidió una real cédula (12 de julio de 1564) declarando que los reyes y príncipes cristianos tienen obligación de cumplir los decretos y mandatos de la santa madre Iglesia, y, consiguientemente, “Nos, como rey católico y obediente hijo de la Iglesia [...], recibimos el dicho sacrosanto Concilio y queremos que en nuestros reinos sea guardado, cumplido y ejecutado”». Ver García Villoslada, 1979, p. 23.

⁴ *San Antonio*, Juan López del Valle, «Soneto» (p. 120). En el «Soneto» portugués también se encarece que el santo fue un «ejemplo claro / da vertude na terra mais constante» (p. 121). En cuanto al tema de la humildad, señálese que su alcance rebasa los límites de lo religioso, para rayar en esa problemática social que estudiaremos en la segunda parte.

⁵ *San Antonio*, Ana de la Puente, «Soneto» (p. 119).

en definitiva un significado ideológico moderno. Dicho de otro modo, en perfecta consonancia con las problemáticas vitales de una España profundamente impregnada por las corrientes espirituales antagónicas de la Reforma y la Contrarreforma.

A. EL EXORDIO DEL SAN ANTONIO DE PADUA: EPISODIOS NARRATIVOS SECUNDARIOS

Ante los episodios narrativos, excéntricos en cierto grado, del «Libro Primero» de la *Vida de san Antonio de Padua* con los que Mateo Alemán esbozó el marco espacial en que nació el taumaturgo portugués (Lisboa, 1195), y que le sirvieron después para elaborar el ámbito espiritual en que vino a vivir e instruirse (Santa Cruz de Coímbra, 1212-1221)⁶, la impresión general que trasciende es la de un hondo espíritu de cruzada. Y así lo corroboran acontecimientos históricos y protagonistas.

1. La cuna terrestre de Hernando de Bullones: Lisboa y su conquista

No escapará la precitada idea a la mente del lector más profano si considera las circunstancias históricas semi-legendarias de la conquista de Lisboa⁷ con las que Mateo Alemán se esmeró en ilustrar la cuna del futuro santo lisbonense, aunque todos le conocen bajo el sobrenombre «de Padua». De hecho, en la conquista de aquella afamada ciudad, quienes se enfrentan despiadadamente en una guerra justa, casi santa, son moros y cristianos. ¿Qué descuello primero sino su antagonismo religioso? Aquellos —según dice el primer rey de Portugal— son «moros infieles» (p. 164) que se han apoderado indebidamente de «una ciudad [...] de las más famosas y principales de toda España»; por añadidura, desde ella dañan sobremanera «por mar y tierra [...] a los cristianos» (pp. 164-165). ¡Tan nefandos son sus ritos y ceremonias! Siendo conformes a la «secta de Mahoma», ¿no merecerían acaso el oprobio? La respuesta afirmativa parece fuera de toda duda, pues en el texto dichas ceremonias se tildan de meras «abominaciones» (p. 166). De los cristianos, en cambio, se tiene gran predicamento en tanto legítimos cruzados —«de nación alemanes, ingleses y franceses»— cuya peregrinación «fuera de sus casas y tierras, gastando sus patrimonios y aventurando sus vidas», atestigua el más acendrado «celo de la honra de Dios» (p. 164). Su único fin atañe a lo meramente espiritual: «conquistar los moros infieles, como a enemigos de la santa fe católica» (p. 164). Movidos por «tan ilustres deseos [y] santas intenciones» (p. 164) —así les da su cristiano espaldarazo don Alfonso Enríquez (1109-1185)—, es natural que, en las

⁶ Adoptamos la cronología de la Vida antoniana comúnmente compartida por los estudiosos de la vida y obra de san Antonio de Padua. Véanse, al respecto, Gama Caeiro, 1967, «Livro primeiro. A formação cultural do santo», caps. I-V, pp. 1-153; Lopes, 1946, pp. 11-130; Jean Rigauld *La Vie de Saint Antoine de Padoue*, pp. 7-141. Señálese, sin embargo, que esta cronología (sobre todo la fecha de nacimiento) fue puesta en tela de juicio por Callebaut, 1931. Véase, por fin, la excelente síntesis muy documentada de Pinto Rema, 1987, pp. XV-LV.

⁷ Así las calificamos por cuanto Mateo Alemán se ciñe, para narrarlas, al relato del cronista portugués Duarte Galvão (1445-7 de junio de 1517), *Crónica del Rey Dom Affomssso Hamrriques Primeyro Rey destes Regnos de Portugal*. Para más detalles sobre esta filiación textual, véase Guerreiro, 1980b, pp. 42-53.

«ordinarias escaramuzas» y, sobre todo, durante el «duro cerco» de la ciudad, no hayan vacilado en morir en la demanda estos denodados soldados de Cristo, entregándose animosamente a la muerte, a fuer de «mártires» (p. 168).

Esta es, pues, la gesta cristiana y guerrera cantada por un Mateo Alemán natural y resueltamente partidario de los cristianos, ya que en su bando se incluye al cantar victoria en su nombre: «... aunque tan costosa la vitoria, quedó en las manos de los nuestros, y la ciudad ganada por ellos» (p. 166)⁸. Por otra parte, ¿a santo de qué no lo hubiera hecho él, sintiéndose solidario de aquella hazaña ineluctable, si la patrocinaba el gran capitán del cielo —el mismo Dios—, favoreciendo a manos llenas las oraciones de los cristianos, porque se dedicaban a glorificar su nombre? ¿Cómo dudar, en fin, del simbolismo religioso de esa victoria de las armas?, pues a su artífice terreno —«aquel esforzado, católico y muy poderoso rey don Alfonso Enríquez» (p. 163)—, otrora niño «tullido de las piernas» (p. 175), lo había curado portentosamente la misma Virgen (pp. 175-176), encargando encarecidamente a su ayo, don Egas Moniz, que le criase con sumo cuidado, «porque su amado hijo Jesucristo se había de servir con él, tomándolo por instrumento en la defensa de la fe contra los moros enemigos de ella» (pp. 175-176)⁹.

En definitiva, en esta introducción a la «Vida de san Antonio de Padua» vienen a hermanarse realidad histórica de la Reconquista, profecía mística y mesianismo. Y de esta fusión se desprende cierta exaltación, entre patriótica y evangélica, no solo del avance territorial de la Cristiandad, sino también, como corolario, del auge de los valores cristianos universales, cuando no ya católicos aún en ciernes. En efecto, éste es el calificativo dado al fundador de la Corona de Portugal, así como del convento de Santa Cruz de Coímbra, aquel lugar cimero de la cultura medieval portuguesa¹⁰ adonde años más tarde se recogería Hernando de Bullones, y en el que oiría los ecos de otra «cruzada» no menos famosa y edificante: la del martirio de cinco frailes franciscos, degollados en Marruecos.

2. La cuna espiritual de Hernando de Bullones: Santa Cruz de Coímbra

A lo largo de los capítulos noveno y décimo del Libro Primero (pp. 215-237), Mateo Alemán narra una nueva gesta tan «famosa, justa y santa» (p. 165) como la anterior¹¹,

⁸ La conquista de Lisboa se verifica el 25 de octubre de 1147, tras un sitio de casi cinco meses. Sobre esta conquista y su significado pueden consultarse: Oliveira, 1935; Serrão, 1979, pp. 96-99. Acerca de la participación del cuerpo expedicionario anglosajón, Riley-Smith, 1990, pp. 116-117 y 123.

⁹ Advértase, al paso, que también se alude a la Virgen —alabándola— en el capítulo II: «El rey don Alfonso, con sus caballeros y soldados, acompañándolo juntamente los extranjeros [...], ordenaron una procesión, siguiendo al obispo y clerecía, y fueron a la mezquita, que ahora es la Sé o la Iglesia Mayor, donde [...] cantaron dentro de ella *Te Deum laudamus* y la bendijeron a honor y gloria de Dios y de Nuestra Señora la Virgen María, cuyo nombre le pusieron» (p. 166). A lo largo del *San Antonio de Padua*, su autor volverá a rozar este tema dándole mayor precisión.

¹⁰ Sobre el monasterio agustino de Santa Cruz de Coímbra, véase Serrão, 1979, pp. 88 y 228. En cuanto al traslado de Hernando de Bullones a dicho convento, así como a la cultura que en él se difundía, consúltense Cruz, 1964; Gama Caeiro, 1967, «Livro primeiro», cap. III, pp. 47-96.

¹¹ Señálese, además, la coherencia narrativa de los varios episodios relativos a Lisboa y Santa Cruz de Coímbra, lugares ambos relacionados con Alfonso Enríquez.

vinculada más peculiarmente con la espiritualidad antoniana; gesta a raíz de la cual dejaría Hernando de Bullones la orden agustina para ingresar en la de San Francisco. Se trata de la primera misión apostólica de los franciscanos en Marruecos, concretamente en la ciudad de Marrueco, lugar que continúa siendo aún hoy —por lo ocurrido allí— una de las más venerables peregrinaciones de la Orden franciscana¹². Promovida por el mismo *Poverello* en los albores del siglo XIII, tras el Capítulo general de Pentecostés de 1219, transcurrido en Nuestra Señora de la Porciúncula, sus motivos sobrenaturales y finalidades mesiánicas se explayan de inmediato bajo la pluma del autor hispalense:

Pues, como san Francisco por divina revelación supiese la necesidad que había de que sus frailes fuesen a predicar el santo Evangelio por todo el mundo para reformatión y conversión de las s y de cuánto fruto había de ser su doctrina, cumpliendo con el precepto, quiso que anduviese repartida por todas partes, haciendo sementera de la palabra divina. Para ello formó tres cuadrillas [...]. La que le cupo a España fue de seis frailes, de nación italianos, hombres de santa vida [...] (pp. 217-218).

Este exordio encabeza el famoso episodio de los «cinco mártires de Marruecos», cuya misión evangélica tantas veces dio pábulo a la literatura hagiográfica, desde la Edad Media hasta mediados del Seiscientos¹³. En él también se enfrentan, evidentemente, moros y cristianos. Entre estos descuellan «cinco benditos frailes [o] benditos varones», de nombre Berardo de Carbio, Adjunto, Acursio, Petro y Otón, degollados el 16 de enero de 1220 y sepultados con solemnidad hacia agosto del mismo año en el monasterio agustino de Santa Cruz de Coímbra¹⁴. Acaudillaba a los «paganos», sobresaliendo por su crueldad, el sultán Yusef El Mostansir (25 de diciembre de 1213-5 de enero de 1224), apodado el «Miramamolín». Dejemos en el tintero toda una sarta de episodios en que lo religioso raya en novelesco, para detenernos brevemente en el desenlace y la actuación de este «perro rabioso» moruno. Pues bien, tras «atormentar con desusados y nuevos géneros de tormentos» (p. 228) a los benditos frailes, se ensaña rompiéndoles la cabeza, arrancándosela de cuajo, convencido ya de todo punto (por lo visto con razón) de que sus esfuerzos por convencerles estaban abocados al fracaso: ante él, en efecto, los cinco frailes habían manifestado inhumana indiferencia hacia cinco moras, a cual más hermosas, que él les galardonara en premio de su apostasía¹⁵.

Quédense ellos muy en hora buena para siempre en la gloria, y dejemos aparte los meros acontecimientos históricos —tan solo necesarios al lector para idear el cuadro— así como todo lo que en tan original y ejemplar degollación participa de la Leyenda áurea sublimadora, para, yendo más lejos, indagar qué ideología se difumina por el relato alemaniano.

¹² Ver Cénival, 1927. También pueden consultarse Felder, 1948; Gobry, 1959.

¹³ Los términos de nuestro estudio no rebasan esta fecha. Sobre la varia forma hagiográfica del tema, y en torno a la fuente utilizada por Mateo Alemán en su relato, véase Guerreiro, 1985a.

¹⁴ Ver Gama Caeiro, 1967, pp. 101-102.

¹⁵ Estos episodios se inscriben poco más o menos en el marco de la quinta cruzada (véase Riley-Smith, 1990, pp. 169 y ss.).

Pues bien, desde el principio, el objetivo proclamado por Francisco de Asís es el de una conquista mística arraigada en la predicación: a sus frailes mendicantes, que fueron camino de Marruecos, encargó encarecidamente que «con su predicación tratasen de convertir al rey Mahomad Miramamolín y a su gente, reduciéndolos a la fe de Jesucristo» (p. 218).

Para unos «religiosos tan verdaderos», que solo «[desean] morir por la honra de Cristo», plenamente convencidos de la necesaria y justa «obra espiritual en la conversión de los infieles» (pp. 218-220), muy bien podrá creerse que del dicho al hecho dista muy poco trecho. En la misma Sevilla, a la sazón de moros¹⁶, se dedican a «[predicar] la palabra divina» (p. 221), no importándoles lo más mínimo que el mismo Rey se alborote ni enoje. Antes bien, en plena casa real y en su presencia, impertérritos contestan a sus airadas preguntas

que habían venido a su corte con embajada para él del Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Jesucristo, Hijo de Dios vivo y de la Virgen santa María. Y prosiguiendo su predicación, le persuadían que se volviese a la fe, recibiendo el santo bautismo, y dejase su descomulgada y maldita secta de Mahoma, que lo tenía condenado a los infiernos, donde él estaba (p. 221).

Idéntico afán evangélico les anima en Marruecos, donde no se les cuece el pan por sufrir el martirio, «blasfemando —[siempre que pueden]— de los errores y vicios de Mahoma» (pp. 225-226). La doctrina cristiana, y las razones reveladas y escolásticas que la autorizan, superan en extremo a los extraviados y débiles juicios de quienes se empeñan vanamente en defender a ese falso profeta, según puede colegirse de una famosa disputa de aquel tiempo:

[...] iba entre los moros uno, el mayor letrado que se hallaba entre los de su nación y, juntándose un día con fray Berardo a disputar, defendiendo cada uno su parte, quedó el moro vencido y concluido, sin tener qué replicar ni defensa que alegar: y avergonzado de esto, se fue donde nunca lo vieron más, ni de él se supo (p. 227).

Podrían aducirse no pocas referencias más de mismo tenor, destinadas a ensalzar el apostolado cristiano en tierra marroquí. Para evitar prolijos y molestos pormenores, remataremos este cuadro seráfico, que exhala fragancias de incienso y olor real a Cruzada, subrayando el hecho de que aquellos benditos franciscanos son acompañados por unos cuantos personajes, principales o secundarios, no menos dignos de recuerdo, pues compiten con ellos en devoción y virtudes cristianas¹⁷. ¡Sin contar con que los

¹⁶ Gobierna la ciudad por aquellos años Abu-l-Ulâ Idris; ver Bosch Vilá, 1988, pp. 170-171.

¹⁷ Del infante don Pedro (Coímbra, 23 de febrero de 1183-2 de junio de 1258), hermano del rey de Portugal don Afonso II (1185-1223), se dice que, «demás de ser naturalmente nobilísimo de condición, era muy devoto y franco» (p. 225). A la esposa del rey, doña Urraca (fallecida el 3 de noviembre de 1220), se refiere Alemán en términos de «santa reina» (p. 220), enfatizando en ella su gran dedicación a la orden franciscana (p. 236). No le queda en zaga doña Sancha (n. antes de 1182-13 de marzo de 1229), hija del rey don Sancho I. Para nuestro autor «era doncella devotísima, de gran religión» (p. 220). Presumiblemente correspondería a cierta realidad, eso sí (por lo menos) católica, apostólica y romana, pues fue beatificada por la Iglesia de Roma cinco siglos después (1705). Por fin, todos los restantes comparsas —«Juan Roberto,

mismos huesos de los dichosos mártires, recocidos y limpios de polvo y lodo, despidiendo de su vera con cajas destempladas a un malhadado amancebado (Pedro de la Rosa), ponen el grito en el cielo para pregonar, desde sus cajas, los encumbrados preceptos de la monogamia y la fe conyugal! (pp. 230-231).

Frente a un cuadro que rebosa de tan ejemplar doctrina, quepa concluir que el ambiente de este segundo episodio narrativo —dedicado a los «Cinco mártires de Marruecos»— en nada disiente del primero. En ambos casos, ciñéndose a unas «crónicas» de principios y mediados del Quinientos, procede Mateo Alemán a cierta defensa e ilustración del cristianismo. Lo cual el mismo Hernando de Bullones acredita, por otra parte, mediante las cualidades morales o intelectuales de que da prueba a lo largo de los veinticinco primeros años de su vida.

B. EL PERSONAJE

Existe, en efecto, una perfecta solidaridad textual entre el ambiente ideológico de los acontecimientos históricos arriba narrados (que el autor sevillano pondera en breves digresiones anejas) y la específica presentación biográfica de Hernando de Bullones.

En la conquista de Lisboa, la lógica interna del relato se arraiga en una filiación espiritual, mediante la cual se hermanan las circunstancias y alcance históricos de la reconquista territorial con la misma esencia de la personalidad del futuro santo de Padua:

Esto en este punto, referiré algunos de los milagros que Nuestro Señor fue servido hacer por los mártires que murieron en esta conquista [...]. Para que veamos lo mucho que Dios amó a san Antonio, pues tanto número de santos mártires le hicieron el aposento, ganándolo con sus vidas y sangre, y que con ella se cultivase la tierra que había de producir y criar aquesta divina planta (p. 168).

Tampoco se menoscaba la armonía textual del «Libro primero» con la alabanza de Lisboa —«madre de san Antonio»—, pues todo en ese elogio de la ciudad corresponde a la extremada excelencia de su hijo:

Siendo esto así, no habré cometido exceso en haberme algo detenido, refiriendo la curiosidad y excelencias de Lisboa, joyel adonde quiso el mismo Dios, príncipe poderosísimo del cielo y de la tierra, engastar esta piedra, carbunco finísimo resplandeciente que alumbra todo el mundo dando luz en las tinieblas (p. 197).

Por lo demás, ¿cómo prescindir de este elogio si la misma etimología latina (de cuño alemaniano) de dicha ciudad vincula al «buen santo portugués» con ella, no tanto biológica como espiritualmente?:

canónigo reglar de Santa Cruz de Coímbra», los «caballeros de cámara» del infante y el testigo de vista de toda la gesta marroquí («Esteban Pérez [...], caballero de Santarén») —son a cual más «virtuosos [y] de mucha religión y santidad» (p. 230), cuando no «[de] santa vida y costumbres» (p. 237).

Volviendo a Lisboa, quiero concluir llamándola *Lisbona*, que quiere decir en el propio lenguaje nuestro ‘contienda buena’; buena, por cierto, y dichosa, pues de ella salió vencedor nuestro buen santo portugués, triunfando del demonio y sus ejércitos, y de esta cantera salió aquella firme piedra para el edificio del cielo (p. 195).

Por fin, otro tanto se verifica con su conquistador (Alfonso Enríquez) —padre temporal de la patria de Hernando de Bullones y espiritual de su convento agustino, en el que pudo embeberse de la misión franciscana—, cuyo papel, prendas morales y dotes sobrenaturales¹⁸ parecen haber dejado honda mella en el joven Hernando:

Considera la gloria que san Antonio recibirá, cuando se digan alabanzas de su rey natural, rey santo, rey que le ganó el suelo donde recibió ser con que goza en el cielo, rey fundador de su convento, patrón y defensor de él, rey sepultado en Santa Cruz de Coímbra, donde tantos milagros hizo y tanto edificó a este su santo con ellos que parece haberse retirado a él en seguimiento de sus virtudes, poniéndose a su amparo debajo de sus alas y sombra (p. 174).

1. Hernando de Bullones: «santo varón»

Que las excelsas virtudes del mancebo lusitano sean lo que ante todo encarece Mateo Alemán al iniciar el relato de su vida queda fuera de duda: «[...] creció en edad, virtudes y sabiduría, dando desde su niñez muestras de su dichosa vida y santa muerte» (p. 199).

Además de sabio (rasgo aquí aludido y que evocaremos posteriormente), simboliza primero al «justo», conforme lo ensalza el Eclesiástico. Ayudado no solo por «su natural buena inclinación», sino también por el «magisterio» de sus padres, quienes no se contentaron con serlo únicamente «por la generación de la carne», dará innumerables pruebas de ello a lo largo de su «ejemplar vida», manifestando una «perfección» cada vez más extremada, que se cifrará, en definitiva, en «la verdadera humildad». De ahí que «para aquella planta, que había de ser traspuesta en el jardín de los alcázares del cielo», sea la «santidad» (como ya subrayaron los primeros lectores) aquello en que mejor se plasma «la hermosura de su alma» (pp. 200-201).

Las prendas que la adornan y las vías de este *camino de perfección*, no es difícil compendiarlas. Reza el refrán que al enhornar suelen hacerse los panes tuertos. Bien meditaron este aforismo los padres de Hernando, pues desde su niñez «lo doctrinaron, enseñándole los rudimentos de la fe y doctrina cristiana» (p. 199). Después, con el transcurso de los años,

como curiosos jardineros, desde que comenzó a crecer aquesta planta [...], la cultivaron con diligencia, no dejándole acepar ni crecer lo superfluo, regalando las guías importantes

¹⁸ Todo el capítulo IV del Libro Primero evoca los milagros protagonizados por él. Recuérdese, por lo demás, que en el siglo XVI el Rey Don João III (6 de junio de 1502; m. el 11 de junio de 1557) fomentó el proyecto de canonización del primer rey de Portugal, que no cuajaría por haber muerto su promotor: «Ya fallecido, hizo tantos milagros y tanto fue su devoto el rey don Juan de Portugal, tercero de este nombre, que trató de hacerlo canonizar; y habiendo su Santidad enviado sus bulas para hacer las diligencias y probanzas de su vida, cuando se quiso poner por obra, falleció el rey; de manera que no tuvo efecto» (pp. 176-177). Para más detalles sobre este particular, ver Guerreiro, 1984b, pp. 62-73.

y necesarias de manera que siempre fuese fortaleciendo el tronco de la caridad, y, creciendo ramas de fe, medrasen los verdes cogollos de la esperanza, para que diese perfecto fruto de buenas obras (pp. 200-201).

Participa, pues, «este gran santo» de las tres virtudes teologales, cuyo goce progresivo irá adquiriendo mediante ejercicios espirituales cada vez más acendrados: asistencia a la iglesia, entrega a la «oración», la meditación espiritual, la «contemplación», además de «ayunos, abstinencias y otros ejercicios de penitencia» (p. 201). De ahí su extremada devoción y sus ansias de «servir a Dios [...], verdadero regalo de su alma». Para conseguirlo, movido por un «divino temor» —«primera piedra del edificio de la santidad de nuestro glorioso santo»—, huye del «reclamo del mundo» y sus «infernales asechanzas» (pp. 205-206). Toma el hábito de San Agustín, primero en el monasterio de San Vicente de Fora (casa de «mucha santidad, clausura y observancia», p. 206), luego en Santa Cruz de Coímbra, lugar donde reside nueve años, mostrándose «siempre muy religioso y varón de grande cristiandad y doctrina» (p. 241). Sin embargo, no le satisface plenamente al futuro santo esta vida recluida y, anhelando ser martirizado, cuelga los hábitos de San Agustín para meterse en el sayal franciscano (pp. 240-241). Fracasado su intento en lo que toca al martirio y habiendo de una vez «[dado] mate al mundo y a sus cosas» (p. 241), vendrá a ser, en el «Monte de San Pablo» («arreatado en llamas de fuego de amor divino» p. 259), por sus ayunos, abstinencias, vigilijs, oraciones, devotísima humildad y ejemplares costumbres, un «retrato de verdadera penitencia [...], un semblante de mortificación y buen ejemplo» (p. 268). Allí se habría quedado sepultado este dechado de virtudes cristianas imitando a los Padres del yermo, lejos de «las arrogancias y vanidades del mundo» (p. 260), si Dios (como dice Alemán) o más bien las circunstancias históricas de Italia y Francia no le hubieran ordenado que se ocupara «en otros importantes ministerios» (p. 246). Y con ellos cumpliría a las mil maravillas gracias a su gran sabiduría.

2. Antonio de Bullones: «docto varón»

Las dotes intelectuales de Antonio de Bullones representan, en efecto, el complemento de su personalidad. Su hagiógrafo las menciona reiteradas veces en el Libro Primero: su perfecto conocimiento de la «lengua latina» (p. 201), sus «trabajados estudios» en las divinas letras (p. 275). De que fuera aprovechado discípulo da testimonio el famoso (¿mítico?) sermón pronunciado por el luego predicador franciscano, camino de Forlì¹⁹. El escritor recoge la tradición hagiográfica antoniana, amplificándola enfáticamente con un tono alegórico que enaltece la erudición escrituraria y patristica de Antonio de Bullones, además de la elegancia de su estilo y talento oratorio:

¹⁹ Según Callebaut, este sermón se habría verificado en otoño de 1221, pues Antonio de Bullones habría permanecido en Montepaolo «desde la octava de Pentecostés (6 de junio de 1221) hasta las cuatro témporas del septiembre siguiente» (1931, p. 486). Sin embargo, hay quien lo sitúa hacia la primavera de este mismo año (Jean Rigault, *La Vie de Saint Antoine de Padoue*, p. 66, n. 6), o incluso hacia la cuaresma de 1222 (Lopes, 1946, pp. 98, 263-264). En torno a este dato, consúltese ahora la breve síntesis de Pinto Rema, 1987, p. xxiv).

Mas ya engolfado [san Antonio] en este océano divino, Dios le fue soplando un venticico suave y manso de su celestial gracia dentro del alma y en el entendimiento. Soltó las velas de la caridad, comenzando a discurrir por la doctrina sagrada; y, como el Espíritu Santo más le fuese comunicando su fuego, más iba disponiéndose, definiendo, dividiendo y declarando admirablemente sentencias y pasos de la Escritura, Testamento Viejo y Nuevo, con autoridades famosas de santos y doctores; concordando lugares con tanta gracia y elocuencia, por tal orden y concierto, con tanta elegancia en la lengua latina, con tan suave y sonoro acento, que verdaderamente parecía una suavísima música su lengua y hablar por ella el mismo Dios. [...] Y no es maravilla, porque había recibido del Espíritu Santo sus dones y granjeado los frutos juntamente con ellos, joyas con que suele Dios dotar a su esposa, el alma del justo (pp. 270-271).

En suma, todo —«virtud y sabiduría, santidad y ciencia» (p. 214)— concurre armoniosamente para crear, entre Dios y su criatura predilecta (Antonio), una útil y positiva sinergia que redundo, como en los episodios narrativos secundarios, en pro del «servicio de Dios» (p. 275) y del evangelismo cristiano.

C. DE LAS CRÓNICAS AL COMENTARIO: EL PASADO COMO MODELO DE CRISTIANISMO MILITANTE

Podría objetárenos que la dependencia directa del relato alemaniano con respecto a unas fuentes cuatrocentistas o quinientistas —según se trate de la conquista de Lisboa, de la misión franciscana o del propio Antonio de Bullones— conlleva acaso una limitación del alcance de la ideología difusa que acabamos de esbozar. Esta objeción no es nada inverosímil. Mateo Alemán afirma ceñirse, en efecto, a unos cuantos modelos cuya identidad hemos aclarado con toda certidumbre²⁰. Ahora bien, no se olvide que esta pauta del relato histórico, es el propio autor quien confiesa traspasarla con todo derecho, según hemos visto. Hasta tal punto que a lo largo del *San Antonio de Padua* no pocas veces será la excepción la regla. Por de pronto, esto se verifica en los episodios narrativos estudiados, de cuyas fuentes portuguesas se aleja el insigne autor del *Guzmán de Alfarache* para dedicarse a ciertos comentarios que no solo autorizan la ideología que de ellas trasciende, sino que le dan a la par mayor trascendencia.

1. La conquista de Lisboa y Sevilla: del necesario culto a los adalides de la Cristiandad del Medievo

El primer comentario que llama la atención está lógicamente vinculado al rey Alfonso Enríquez. Se encuentra en el capítulo iv del Libro Primero cuya temática es

²⁰ Para las alusiones alemanianas a las fuentes, ver *San Antonio*, p. 171: «Dícese también de este caballero, en la misma *Crónica del rey don Alfonso*»; p. 182: «[...] según más largo lo refiere la escritura de las cosas memorables de aquel convento»; p. 237: «Así está escrito en los Libros del Archivo de la Corona de Portugal, que están en la Torre do Tombo, en la *Crónica* de este Rey Don Alfonso, de donde se sacó lo dicho». En torno a la identificación de estas fuentes, véase Guerreiro, 1980b, 1984b y 1985a.

esencialmente la relación de sus milagros *post mortem*²¹. Su motivo radica en el fracaso de su canonización, de resultas del fallecimiento de su principal promotor, don João III. Mateo Alemán lamenta que «[se haya desbaratado] un designio tan santo» (p. 177) y, recurriendo a su acostumbrado modo de narración²², interrumpe su relato para dedicarse a una digresión no por breve menos interesante: medita, con veneración y cierta añoranza, sobre el alcance histórico y el significado ético-religioso de las conquistas respectivas de Lisboa y Sevilla, alabando a sus conquistadores, el primer rey de Portugal y Fernando III el Santo, rey de Castilla y León, otra figura señera de la Edad Media, que dio impulso decisivo a la empresa de la Reconquista:

Póneme admiración grandísima que, siendo Lisboa y Sevilla dos de las mejores y más calificadas ciudades que se conocen de todas las Españas y ganadas, casi milagrosamente, por tan santos varones cuales el rey don Alfonso y rey don Fernando, haya de ellos tan poca recordación. Y debemos creer que, habiéndoles costado tanto trabajo, tanto sudor y sangre, que no se olvidan de ellas; antes, que siempre bendicen al Señor que les dio su gracia con que las cobrasen de los moros y fuese su santo nombre glorificado en ellas por sus fieles, y estarán continuamente amparándolas y defendiéndolas como sus fuertes auxiliadores y patronos. Digo, si ya nuestros pecados y descuidos en llamarlos y valernos de ellos no causan que nos dejen como a ingratos y que, como van faltando de nuestra memoria, nos quiere Dios castigar en guardar la suya para quien mejor merezca gozarla y celebrarla, cuyos tiempos y los que gozaren de ellos verdaderamente se podrán llamar dichosos (p. 177)²³.

2. El Alcázar de Sevilla: sagrario cristiano

El segundo comentario también atañe a Sevilla, pero ceñido al episodio de los «Cinco mártires de Marruecos». Se origina en el encarcelamiento de los franciscanos en cierta «torre» de la «casa real», siendo los moros a la sazón dueños de aquella ciudad andaluza. Admira a nuestro escritor el hecho de que, pese a ello, desde lo alto de esa

²¹ *San Antonio*, I, iv, pp. 172-184. Para la fuente de dicho capítulo, véase Guerreiro, 1984b.

²² «Costumbre mía es, y no la tengo por mala, ir en mis escritos llevando por delante la parte curiosa de aquello que se me ofrece, por no hacer otro camino. Si es poco, aun el rejalar no daña; y si bueno, siempre y en toda parte aprovecha» (p. 173).

²³ Fernando III el Santo (1199-30 de mayo de 1252) se apoderó de Sevilla en 23 de noviembre de 1246. Merece recordarse que el culto dedicado a dicho monarca sigue vigente en la segunda mitad del siglo xvi. El sábado 13 de junio de 1579 se trasladaron, en Sevilla, «los cuerpos del Santo Rey Don Fernando [...], y del Serenísimo Rey Don Alonso el Sabio su hijo» a la Capilla Real nueva. Además, «el día de San Clemente de cada un año, que es el día en que se ganó de los Moros esa dicha Ciudad por el Señor Rey Don Fernando, se acostumbra á hacer una procesión solemne en conmemoración de la victoria, é lleva la espada del dicho Señor Rey el Sacerdote que el día dice la Misa» (Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, Metrópoli de la Andalucía...*, t. IV, pp. 77, 92-93). Mateo Alemán presenció tales actos pues da testimonio de ello en su última obra: «Puedo certificar, habiendo visto las mayores grandezas de la cristiandad en tales actos y tiempos nuestros, no haberle alguna excedido y sola una igualado; digo —dándole su lugar a cada cosa, no tratando de grandeza de sujetos, concurso de príncipes, número de gente, ni riquezas, mas en su tanto cada una—, la mayor de que pueden hoy deponer los nacidos fue sola en Sevilla en la translación de los cuerpos del santo rei don Fernando, rei don Alfonso el Sabio y más personas reales, príncipes y maestre de Santiago, que se pasaron a la Capilla de los Reyes nueva de la vieja» (*Sucesos de don fray García Guerra*, p. 538).

torre «proseguían [estos frailes su predicación] con fervorosísimas palabras y, como si en un púlpito estuvieran, predicaban en altas voces, de manera que claramente los entendían cuantos entraban y salían en palacio» (p. 221). Este dato, presumiblemente histórico —puesto que consta en todas las *Crónicas* que narran la gesta de aquellos mártires—, cobra a todas luces para el escritor sevillano visos de realidad intangible y, sobre todo, una verdadera importancia para «[su] patria Sevilla, para estimación y gloria suya y de sus naturales» (p. 221). Pero lo interesante es que no sean razones folklóricas o arqueológicas las que le mueven a tener por imprescindible «averiguar cuál torre sea esta», sino motivos hondamente religiosos, en otras palabras:

[...] para que sea respetada como lugar sagrado en quien padecieron estos mártires tantos malos tratamientos, hambres, persecuciones y trabajos, y donde a pesar de un rey tan poderoso se confesó la fe de Jesucristo (p. 221).

En suma, pasado y presente se conjugan de manera perfecta en ambas digresiones. Al terciar en su relato, el autor da prueba cabal de que su evocación de algunas empresas guerreras y hazañas pseudo-místicas de la Edad Media no se constriñe a la mera y gratuita mimesis de sus modelos. Los significados originarios de esta materia histórico-hagiográfica —aunque aneja al siglo XIII, literariamente arraigada en el Quinientos— se modifican y enriquecen sustancialmente, tanto por valerse de ella un humanista español de la segunda mitad del siglo XVI, como por insertarse dialécticamente en nuevo y coherente conjunto textual. En definitiva, con la exhumación de las *Crónicas* de Duarte Galvão y Rui de Pina; con la exaltación, mediante ellas, de una como Edad de Oro del evangelismo cristiano en la que sus adalides compitieron a cual más en valentía, denuedo, virtudes y religiosidad, Mateo Alemán proporciona, en realidad, a sus lectores y coetáneos —sumidos, a su parecer, en cierta Edad de Hierro espiritual y ética— un modelo de espiritualidad, de cristianismo militante al cual reverenciar.

D. DE LOS COMENTARIOS A LA REELABORACIÓN DE LAS CRÓNICAS: EL PASADO COMO ECO APAGADO DE LAS CONTROVERSIAS RELIGIOSAS DEL QUINIENTOS

1. Antonio de Bullones: del esclarecido predicador...

Quien mejor ilustró este apostolado militante fue, desde luego, «Antonio de Bullones», no menos digno de estima y reverencia que sus cristianos antecesores o coetáneos, reales o eclesiásticos. Tras el inesperado sermón de Forlì —en el que «verdaderamente parecía una suavísima música su lengua y hablar por ella el mismo Dios»—, y convencido del extremado talento de predicador y letrado de aquel a quien llamaría «[su] obispo», el *Poverello*, entonces ministro general de la Orden franciscana, haría todo lo posible para que «aquel docto varón granjease como el buen mercader con los talentos que recibió e hiciese con ellos maravillosos empleos en mercadería de almas, que fue para lo que se los dieron» (p. 275). De ahí que lo nombre, primero, predicador general de su orden; después le encomiende estudiar la «mística teología» en Vercelli, bajo el magisterio de

«fray Ambrosio, fraile camaldulense, [...] residía entonces por abad de San Andrés en aquella ciudad» (pp. 277-278); y, por fin, se digne darle licencia para ser profesor de Teología en su misma orden (p. 279).

Huelga insistir en los referidos datos biográficos, conocidos por todos los estudiosos de la vida y obra antonianas. Más interesante e instructivo para nuestro propósito resulta indagar cuáles fueron las metas de este fervoroso apostolado y, sobre todo, cómo se evocan respectivamente en el *San Antonio de Padua* y las dos *Crónicas* franciscanas más frecuentadas por Mateo Alemán para elaborarlo²⁴.

Pues bien, si consideramos la *Primeira parte das Chrónicas da Ordem dos frades menores do seráfico padre Sam Francisco, seu instituidor e primeiro ministro geral* (Lisboa, 1557), constataremos que su autor —fray Marcos de Lisboa, obispo de Porto— también alude al nombramiento de Antonio de Bullones como predicador de los franciscanos. Remata su relación con un escueto comentario sobre su modo de cumplir con el cargo:

Veologo as orelhas do padre S. Francisco esta noua, e instituydo a Sancto António pregador, o constringeo a exercitar a graça que tinha recebida. E certo muy dignamente foy dedicado ao ministério e seruiço da palavra de Deos, como aquelle que cheo de sapiencia, primeyro pobre de espírito em o collegio dos verdadeyros pobres aprouado, não tomou esta honra atreuidamente per si, mas chamado. E não ser esta vocação humana mas diuina, são testemunhas muy certas a vida e morte do glorioso Sancto [...] ²⁵.

Seguidamente, como conclusión a ese capítulo IV, refiere de nuevo su «officio de evangelizar a palabra de Deos», con especial énfasis en la «doctrina esclarecida» del nuevo orador sagrado.

Luis de Rebolledo, predicador franciscano de notable nombradía, cuya *Primera parte de la Crónica general de N. Seráfico P. S. Francisco y su Apostólica Orden* (Sevilla, 1598) también consta entre las fuentes alemanianas del *San Antonio de Padua*, no hará sino seguirle los pasos al cronista lusitano. Alaba las «muchas letras» del franciscano y, una vez advertido que «San Francisco [...] le instituyó [...] predicador general, mandándole que el talento que de Dios avía recibido, lo emplease, y aquella gloria exercitasse en provecho del próximo», ofrece asimismo algunas aclaraciones sobre su celo en el púlpito:

Y así lo hizo, porque en púlpito y cátedra fue candela puesta sobre el candelero de Dios, que alumbrando se gastó y derritió. Predicó muchos sermones, enseñando al pueblo ignorante, reprehendiendo al malicioso y poniéndose a tantos peligros, injurias y trabajos, como se ponen los Evangélicos Predicadores que predicán la verdad cristiana con la libertad de Cristo²⁶.

²⁴ Sobre estas fuentes predilectas del autor, véase Guerreiro, 1985b.

²⁵ «Livro quinto da primeira parte das Chrónicas da ordem dos frades Menores. Cõta a vida, doctrina e gloriosas obras do Padre Sancto António de Padua, português e natural da cidade de Lisboa», capítulo 4: «Como Sancto António foy ordenado pregador pel o padre S. Francisco», fol. 144r.

²⁶ Luis de Rebolledo, xxxviii, fol. 299rv.

Así pues, en este primer período de la «Vida de san Antonio de Padua», ambos cronistas se contentan con evocar muy sucintamente su ministerio, acudiendo preferentemente a unas formulaciones de carácter general.

Esto bien pudiera carecer en sí de gran interés si precisamente, en ciertos aspectos, no contrastara de manera notable con el estilo peculiar que Mateo Alemán adopta para narrar unos acontecimientos que, al fin y al cabo, son idénticos. Bien es verdad que, como sus predecesores, también recurre a expresiones de índole general un tanto abstracta, encareciendo, *verbigracia*, la «sabiduría celestial» del predicador novel, o anhelando «que más digna y sabiamente pueda evangelizar su palabra» y, consecuentemente, «crezca el caudal de la honra de Dios» (p. 266). Incluso acude a idénticas parábolas evangélicas: por una parte, a la de los «talentos»; por otra, a la de la «lámpara» que tiene que «ponerse sobre el candelero» (p. 266). Llama la atención, con todo, el que ese tradicional *candelerero* no sea ya tan solo y abstractamente «el de Dios» —como en la *Crónica* de Rebolledo— sino, más concretamente, «[el] de la Iglesia». Similar evolución semántica se da con respecto a la revelación de los «talentos» antonianos para el púlpito:

Quando san Antonio hizo este sermón o plática, copiándola fielmente caminó [la fama] con ella y se la representó con puntualidad a su Padre san Francisco; el cual con alegre corazón dio las gracias al Señor por la merced que le hacía, concediéndole a su orden un semejante supuesto para piedra en el cimiento de su edificio, y por lo que había de ser importante su predicación y ejemplar vida en la Iglesia de Dios (p. 273).

Si espiritual en el fondo, el punto de vista del autor es resuelta y deliberadamente concreto, según dio a entender en otro fragmento, a propósito de las convicciones que sobre la utilidad de la espiritualidad antoniana compartían los cofrades agustinos de Hernando de Bullones, cuando éste estaba presto a ingresar en la orden franciscana:

Quando el prelado conoció su firme determinación y propósito y que no fuera ya posible desviarle de ello, lo sintió mucho, y todos los de aquella casa, porque conocían que les había de resultar de su virtud grandes bienes y que sus continuos estudios habían de dar mucho fruto a la Iglesia de Dios, como después lo manifestaron sus obras (p. 240).

2. ... al «nuevo espíritu de Elías»

Para valorar con equidad la importancia de esta aproximación crítica a la «Vida de san Antonio», el sentido concreto de los giros lingüísticos empleados, sus implicaciones temporales y, consiguientemente, ideológicas, habrá que discernir cuáles son estas «obras», este «fruto», estos «grandes bienes», hiperbólicamente asimilados a unas «nuevas Indias [que Dios] quiere hoy descubrir [...] para enriquecer el mundo con ellas» (p. 267). ¿Cuál fue el tesoro dado al mundo y a la Iglesia a través de Antonio de Bullones? ¿Cómo lo granjeó? El propio Mateo Alemán suplanta cualquier otro juicio nuestro:

El mismo filósofo Dios, autor de la filosofía celestial y maestro de los ángeles, lo alaba y encomienda [el silencio]. Y vemos que, sacando al yermo a san Antonio, quiere que callando cinco años aprenda de su doctrina, para que más digna y sabiamente pueda evangelizar su palabra y, como discípulo de tal maestro, confunda con su santa predicación el paganismo contra los enemigos de la fe; y que ya, cuando esté lleno de sabiduría, rompa el silencio [...]. Véase

ya la divina gracia, descúbrase la sabiduría celestial, óigase y apréndase la ciencia verdadera, despídanse los temores causados de tanta humildad, que ya Dios quiere que desenvuelta y atrevidamente resplandezca este nuevo sol y rompa las espesas nieblas de los errores. Ya su divina Majestad se sirve que salga el nuevo espíritu de Elías a pregonar verdades evangélicas y que la luz que sacó de aquel fuerte pedernal de fe, caridad y esperanza [...], no esté más escondida. Póngase ya en el candelero de la Iglesia, salga de aquella silvestre morada para que resplandezca descubierta y alumbre las ignorancias y confunda las herejías. Hágase generoso empleo de estos divinos talentos, con que crezca el caudal de la honra de Dios, que ya quiere que santamente hable quien santamente ha callado y tan bien doctrinado sale (pp. 265-266).

¡Fragmento esclarecedor, sin duda! «Santa predicación» contra «paganismo»; «ciencia verdadera» contra «errores»; «verdades evangélicas» contra «ignorancias»; «fuerte pedernal de fe» contra «enemigos de la fe»; ¡cuántas expresiones antagónicas con aromas de luchas concretas se abren paso, tras la retórica de un estilo a lo divino, para perfilar la figura intelectual y pastoral de Antonio de Bullones! ¡Cuán etéreos circunloquios para sugerir el estado político y ambientes espirituales de la Cristiandad a finales del siglo XII y principios del XIII! Es decir, cuando el propio predicador franciscano se dedica a su apostolado militante en Francia e Italia.

Todo el «Libro segundo del fruto de la predicación de san Antonio en el tiempo que vivió» no hará sino confirmar, explicitándolo, el cometido ideológico de esta misma misión pastoral. Lo atestiguan tanto la situación religiosa conflictiva vigente en el Sur de Francia, en el primer cuarto del siglo XIII, como la actuación de aquel nuevo *Elías* lisboeta para contrarrestarla en Limoges y Montpellier, por los años de 1225-1227:

Había en la ciudad de Limoges algunos cristianos tibios en la fe, ni fríos ni calientes, no caídos de flacos ni asegurados de fuertes, a quien como a ovejas del rebaño de la Iglesia era necesario socorrer con diligencia para volverlos a ella, y muchos herejes que como cabras andaban en el aprisco entremetidas; y como la cizaña desmedra el trigo, así estos ahogaban la buena yerba, no dejándola crecer. Todos interesaban en los milagros y se venían a reformar y convertir a fuerza de ellos [...]. Y siendo tan importante para el remedio de esto que acudiese un buen pastor, salió electo san Antonio, en un capítulo general, por custodio en el convento de aquella ciudad. [...] Eligiólo el Espíritu Santo para que con su vida y predicación reformase los católicos y convirtiese a los herejes y paganos (p. 328).

Este esbozo, a medio camino entre lo histórico y lo hagiográfico (mero reflejo, por otra parte, de las *Crónicas* franciscanas utilizadas por Mateo Alemán)²⁷, se perfila en el capítulo xx. Tal eficacia tuvo la pastoral antoniana en Francia, que con fecha del 30 de mayo de 1227, en el capítulo general de Asís, se nombra al futuro taumaturgo ministro provincial de Romaña²⁸, provincia donde prosigue su lucha contra las herejías:

²⁷ Véanse, respectivamente, Marcos de Lisboa, *Crónicas*, I, v, 6 («Milagres e pregações do sancto em França», fol. 144v-145r); Luis de Rebolledo, *Crónica*, XL («En que se prosigue la mesma historia de san Antonio, y de un favor que Dios le hizo poniéndose el Niño Jesús en sus braços» fol. 300v).

²⁸ Sobre estos datos particulares, véanse Callebaut, 1931, n. 16; Jean Rigauld, *La Vie de Saint Antoine de Padoue*, pp. 11-31; 38, n. 1; 69, n. 13; 92, n. 5; 94, n. 8; Gama Caeiro, 1967, pp. 106-107, n. 25-26; 333, n. 21; Lopes, 1946, pp. 131, 285, n. 75; Benvenuti, 1930 y 1931; Bughetti, 1932; Scaramuzzi, 1934, pp. 13-14; 48, 134, 151, 178; Pinto Rema, 1987, pp. xxviii-xxix, n. 54.

Era tanta la fuerza de las palabras en san Antonio, tan viva su predicación, que, como por evidencias matemáticas hacía creer a los herejes los artículos de la fe, dejándolos a ella convertidos; lo cual era de grandísimo gusto a los católicos, y no pequeña gloria ver de tal manera disiparse la herejía que reinaba en aquel tiempo, en Francia especialmente, donde, habiendo hecho el santo mucho fruto con su doctrina y milagros, trayendo al gremio de la Iglesia gran copia de perseguidores de ella, le pareció conveniente dar una vuelta por Italia, en aquella parte de Romaña y su comarca, donde también había muchos herejes en quien las herejías habían acepado y echado raíces fuertes [...] (p. 383).

Por fin, el mismo papa Gregorio IX²⁹, percibiendo el provecho que para la defensa de la Catolicidad resulta del talento con que se luce en el púlpito aquel profeta moderno propugnador de la ley, le releva de su anterior ministerio para valerse de él con mayor eficacia aún. De ahí que, a partir del capítulo general del 26 de mayo de 1230, sea predicador apostólico y lector general de la orden franciscana:

[Su Santidad] absolvió a fray Elías del oficio de ministro general y mandó que se hiciese nueva elección en otro, como se hizo; y a san Antonio le dio su bendición y mandole que solamente se ocupase, para conversión de las almas, en predicar y escribir, dejándolo desembarazado de toda ocupación y oficio de la orden, pareciéndole, como era verdad, que tenía en el púlpito particular talento y gracia del Señor y que su acción y ejemplo eran importantísimas partes, acerca de aquel ministerio, para defensa de la Iglesia. Luego en el año del Señor de mil y doscientos y treinta [...], le instituyeron por predicador apostólico y lector general, en ejecución de la intención del pontífice, que siempre le fue muy aficionado (p. 399).

Así es, poco más o menos, el discurrir de la carrera apostólica de Antonio de Bullones, cuyo último paradero fue Padua. Muy fructífera para la Iglesia medieval, por cierto, pues según encarece su panegirista hispalense, «fue grandísimo el fruto que hizo en muchas diferentes partes, obrando milagros, convirtiendo infieles, edificando a los cristianos, reprehendiendo a los pecadores con enmienda notable de sus vidas» (p. 443).

3. Un enfoque histórico

A partir de estas calas en los dos primeros «Libros» del *San Antonio de Padua* y pese a lo maravilloso de una tradición hagiográfica antoniana que Mateo Alemán dista mucho de rechazar, parece obvio que el enfoque del autor del *Guzmán de Alfarache* es concreto, temporal e histórico. Su «Iglesia de Dios» no será meramente la universal e invisible, el «cuerpo místico» de Cristo, sino la de Roma, depositaria de la ortodoxia, la que promovió las cruzadas y, por ende, se enfrentó en el mundo de tejas abajo con el catarismo y el

²⁹ Hugolini de Conti de Segni (1147-22 de agosto de 1241). Cardenal diácono, en 1198; obispo de Ostia (1206) y elevado al solio pontificio en 1227. Fue protector de san Francisco de Asís, a quien canonizó (1228), aprobando asimismo su regla. También apadrinó a los cluniacenses y dominicos (a santo Domingo lo canoniza en 1234). Si su actuación política en contra del Emperador Federico II fue importante, no menos el papel que desempeñó teológica y canónicamente: la condena de los libros de Aristóteles sería declarada transitoria y todas las *Decretales* publicadas hasta entonces fueron reunidas en un solo código por su confesor, Raymundo de Peñafort (5 de septiembre de 1234).

valdeísmo³⁰. En dicho contexto histórico e ideológico, el papel misionero y pastoral del futuro Antonio de Padua, simbólicamente equiparado con «el nuevo espíritu de Elías», se concretó de modo natural en una lucha fervorosa e incansable contra esa renovada idolatría y nuevos profetas de Baal: los cátaros, valdenses y patarinos, herejes coetáneos suyos y enemigos de su «Iglesia»³¹. Hemos visto cómo Alemán ensalza este apostolado militante, confiriéndole aun mayor relieve cuando en su comentario destaca que en su proselitismo vino a plasmarse la voluntad divina. Así lo sugirieron misteriosamente el lugar de nacimiento de Hernando de Bullones —«frontero de la Iglesia Mayor»— y, sobre todo, el sitio profético donde recibió aguas bautismales:

Fue bautizado en una capilla de la Iglesia Mayor, su parroquia, donde tienen la pila y capilla del santo bautismo debajo de la torre de las campanas. Aun hasta en esto parece que hubo misterio, como en todas las más cosas de este santo desde que salió del vientre de su madre a la luz del mundo, pues, así como es costumbre dar a los fieles y fuertes capitanes en tenencia los castillos, torres y fuerzas del reino, así este día parece haber dado a san Antonio posesión de la tenencia y alcaidía de la torre de la iglesia, y torre de campanas, porque, juntamente con ser este capitán valeroso y fuerte defensor de la fe conforme al pleito homenaje que hizo en el bautismo, y habiéndose de mostrar una inexpugnable muralla de resistencia contra las herejías y errores de los paganos, con la voz de su predicación había de llamar y convertir infinito número de ellos (p. 198).

Todo prueba, pues, que Mateo Alemán considera a aquel «carbunco finísimo resplandeciente que alumbra todo el mundo dando luz en las tinieblas» (p. 197), como adalid de la Iglesia medieval y propugnador de la fe romana. Al fin y al cabo, como paladín de la ortodoxia. ¿Solo medieval? De ningún modo. He ahí el *quid* de la originalidad del *San Antonio de Padua*. Pues, lejos de apagarse, el eco de la voz del «sabio» predicador franciscano, de sus dogmas y creencias defendidos en el púlpito, retumba con tan renovado acento, con sentido tan moderno en la mente del escritor sevillano, que este, al evocar la vida ejemplar de los conquistadores de Lisboa, no vacila. Entrelazando los planos históricos, justifica su relato en la necesidad de confundir, no tanto a cátaros y valdenses, como a los herejes del Siglo de Oro español y del Quinientos europeo:

Esto en este punto, referiré algunos de los milagros que Nuestro Señor fue servido hacer por los mártires que murieron en esta conquista, en especial, de un caballero llamado Enrique, alemán, así por ser muy justo que del justo se tenga memoria eterna *como para confusión de los herejes*, y se avergüencen de su desconcertada vida viendo la santa que hicieron sus antepasados (p. 168).

³⁰ Acerca de estas «herejías» que en la Edad Media se propagaron por el Sur francés, Norte y Centro de Italia, destacamos el estudio de Christine Thouzellier, 1969, I, I-IV, pp. 11-115; II, II, pp. 161-181. Sobre el catarismo pueden consultarse los *Cahiers de Fanjeaux*, 1, 1966; 2, 1967; 3, 1968; 4, 1969; 11, 1976; 14, 1979. Véase también Volpe, 1961.

³¹ A propósito de la actuación de Antonio de Bullones en contra de los herejes del Norte de Italia, cabe también señalar Da Alatri, 1965; Gasparotto, 1965.

¡Juicio nunca tan esclarecedor! En esta sutil reelaboración de las *Crónicas* franciscanas del siglo XVI se comprueba, fuera de toda duda, que la materia narrativa elaborada en torno a Alfonso Enríquez o a los «Cinco mártires de Marruecos», y, sobre todo, la relativa a la misma vida de Antonio de Bullones, distan mucho de limitarse (al contrario de lo que se estilaba en la fastidiosa y ramplona tradición hagiográfica antoniana) a una banal exhumación más (arqueológica y hagiográfica) de la supuesta vida portentosa del taumaturgo franciscano. Al cumplir con su papel de campeón de la fe contra las «herejías» del siglo XIII, el predicador minorita no se queda rezagado en la Edad Media. Por la voluntad de Mateo Alemán, comprometido históricamente según atestigua su *Guzmán de Alfarache*, la actuación apostólica del minorita, aunque arraigada en el Medievo, enlaza directamente con controversias teológicas más trascendentales y coetáneas: las de la Reforma y la Contrarreforma, responsables de la escisión de la Cristiandad. Además de la visión espiritual y social del mundo que entraña la obra hagiográfica alemaniana, de las cuales nos ocuparemos en la segunda parte de este estudio³², tal es la novedosa modernidad del *San Antonio*. Pese a los siglos transcurridos que los separan, cátaros y valdenses del Sur francés, Norte y Centro de Italia, por un lado, luteranos y calvinistas del Norte europeo, por otro, quedan (por él) unidos por su heterodoxia. Frente a ellos y, en verdad, de modo original respecto a sus modelos, el autor del *Guzmán* se erige en defensor de la Iglesia y ortodoxia católicas. No extraña, entonces, que desarrolle a lo largo de los tres «Libros» del *San Antonio de Padua* numerosos y graves temas teológicos ampliamente discutidos en el Concilio de Trento y adoptados luego por toda la Cristiandad católica.

³² Recordemos que Henri Guerreiro nunca llegó a escribir esta segunda parte. (Nota de Marc Vitse.)



Colección *Historia y Geografía*
 Editorial Universidad de Sevilla

Henri Guerreiro

La teología del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán

Mientras iba elaborando su magna edición del *San Antonio de Padua*, terminada en 1992 y publicada póstuma en 2014, Henri Guerreiro (1941-2002) emprendió un amplio análisis de la casi olvidada obra hagiográfica del autor del *Guzmán de Alfarache*.

Quería con ello definir la extrema originalidad de esta historia moderna de la vida de un santo medieval, ocasión para el famoso novelista de abordar algunos de los grandes temas de su tiempo.

En una primera parte, la única que pudo escribir, abordaba de manera exhaustiva el examen del contenido teológico del *San Antonio*, a la vez que siempre a relacionar hagiografía y picaresca, y lograba así echar una luz nueva sobre la compleja problemática de la conversión del pícaro, episodio cuya singular relectura sirve de broche de oro a esta reconstrucción equivalente del trasfondo teológico de la novela de la vida de Guzmán de Alfarache.

Hijo de padres portugueses, Henri GUERREIRO (1941-2002) fue profesor de literatura y lengua españolas en el Departamento de Estudios Hispánicos de la universidad de Toulouse-Le Mirail desde 1972 hasta su muerte. Centrado en su investigación en la obra de de Mateo Alemán, el otro gran novelista, con Cervantes del Siglo de Oro. Más allá de fundamentales estudios sobre el Guzmán de Alfarache, dedicó especial atención al casi olvidado San Antonio de Padua, y modernamente esta importante hagiografía del famoso santo lisboeta, obra escrita en 1604 y dejada sin reedición desde el siglo XVII; y sus cuantiosos análisis de esta mostraron las estrechas relaciones entre las dos vertientes de la producción alemaniana, renovando la lectura de «novela» hagiográfica la interpretación de la novela picaresca.

Obra revisada y corregida por Marc Vitse

UM
 ses
 itaires
 Midi

AD DE SEVILLA
 eus
 Universidad de Sevilla

ES
 RSITAIRES DU MIDI
 té Toulouse – Jean Jaurès
 m.univ-tlse2.fr

RIAL
 RSIDAD DE SEVILLA
 dad de Sevilla
 www.us.es/

ANCR I 22

Prix : 15 €

ISBN France : 978-2-8107-

ISBN Espagne: 978-84-472-

